

La Antropología y la Ayuda Humanitaria

FRANCISCO SÁNCHEZ MARCO

1. LA FORMACIÓN DE ESPECIALISTAS EN AYUDA HUMANITARIA

La década de los 90 es testigo de la proliferación, exagerada, de organizaciones voluntarias gubernamentales y no gubernamentales que pretenden generar y canalizar recursos con vistas a atender las situaciones de crisis y las emergencias que generan sufrimientos humanos a gran escala.

No sólo los organismos responsables de la Ayuda Humanitaria en la Unión Europea –ECHO– y en los diferentes gobiernos, sino también muchas de las ONG's, después de un cierto tiempo de experiencia en el ámbito humanitario, han experimentado la necesidad de una reflexión y de una evaluación de sus políticas, estrategias y actuaciones.

Una de las conclusiones, compartida por muchas de las organizaciones, ha sido la de constatar una falta de formación, no sólo en los cooperantes sino en los diseñadores y gerentes de programas de ayuda. Esta sería una entre las causas que explican los fracasos de proyectos que pretendían responder a situaciones de crisis o emergencia.

De forma paulatina son muchas las organizaciones que experimentan la dificultad de elaborar e implementar programas de ayuda que respondan a las verdaderas necesidades de las poblaciones que sufren las crisis. Una dificultad que, en no pocas ocasiones, tiene menos que ver con la planificación técnica y la gestión racional de los recursos que con el conocimiento de las necesidades verdaderas tal y como las experimenta la población concernida. En definitiva, se llega a la conclusión de que no es posible implementar un programa de ayuda eficaz sin la colaboración de la población implicada y sin un conocimiento de su cultura.

Nos encontramos, por tanto, ante la problemática planteada por el conocimiento de otras culturas y por las relaciones interculturales. En definiti-

va, se trata del ámbito que dio origen a la reflexión antropológica y que constituye, hoy en día, el núcleo de su ocupación. No es de extrañar, en consecuencia, que algunas organizaciones de ayuda humanitaria, comenzando por ECHO, hayan establecido módulos de antropología en los cursos de especialización en Ayuda Humanitaria Internacional. Se pretende que los especialistas en la gestión e implementación de los programas de ayuda sean conscientes de la necesidad de conocer la forma de pensar y actuar de las poblaciones destinatarias de los programas de ayuda.

2. EL ANTROPÓLOGO COMO INTÉRPRETE

Parece justificada, en principio, la presencia del antropólogo no sólo en la formación de los cooperantes y gestores de las organizaciones humanitarias sino, también en la génesis e implementación de los proyectos de ayuda. En efecto, si se constata que las dificultades más importantes que afronta la ayuda humanitaria no son de orden técnico y logístico cuanto cultural y social parece, en consecuencia, que el antropólogo en cuanto especialista del ámbito sociocultural ha de formar parte del equipo que conciba y lleve a la práctica los programas de ayuda.

En un segundo paso se habría de establecer el carácter específico que tiene la contribución del antropólogo dentro del equipo que planifica e implementa el proyecto de ayuda.

Tres me parecen ser los aportes principales que el antropólogo hace en un equipo interdisciplinar que se ocupe de los programas de ayuda.

Por una parte, y debido a la visión holística que desarrolla en sus análisis, el antropólogo contribuye a descubrir las relaciones existentes entre los diferentes elementos que estructuran una cultura determinada. Mientras que el geopolítico, el economista o el técnico en planificación se especializan en un ámbito determinado de una cultura, sería propio del antropólogo analizar las relaciones existentes entre dichos ámbitos.

No pocas veces fracasan los proyectos de ayuda que ciertamente se apoyan en datos reales –situación económica, demográfica...– pero que no se consideran dentro del sistema cultural en el que se encuentran integrados. Por ello las intervenciones en un ámbito de la vida social que no consideran la repercusión que pudieran tener sobre el equilibrio establecido por la sociedad pueden ser negativas a pesar de la veracidad de los datos sobre los que repose la actuación.

En segundo lugar, y tal como lo desarrolla Gardner¹, el antropólogo ha de jugar el rol de traductor, de intérprete cultural. En efecto, en todo contacto intercultural, se confrontan dos sistemas de concepciones, normas y valores que difieren entre sí.

Cuando, por ejemplo, se insiste en que la consideración técnica y científica de los programas de ayuda es el punto decisivo para el éxito de la intervención humanitaria se está dando la prioridad a una forma determinada de concebir el conocimiento que no corresponde, necesariamente, con la de quien es el destinatario de la ayuda.

¹ GARDNER Katy and DAVID Lewis, *Anthropology, Development and the Post-Modern Challenge*, p.43

En efecto, una de las causas más importantes de la incompreensión en el contacto intercultural es la aplicación de categorías particulares a otro contexto cultural en el que se clasifican y jerarquizan las necesidades desde unas concepciones y valores diferentes.

Se trata de un punto decisivo que está en el origen de los fracasos de muchos planes de desarrollo. Los proyectos elaborados desde una perspectiva científica occidental, en el fondo desde un determinado sistema clasificatorio, han ignorado muchas veces y, lo que es más grave, despreciado los sistemas de conocimiento de las poblaciones a quienes se pretendía ‘desarrollar’². Por ello se ha afirmado con razón que la misma naturaleza del problema del subdesarrollo así como sus soluciones quedan definidos, necesariamente, a partir de la perspectiva de los ‘desarrollados’.

Por todo ello la tarea de intérprete del antropólogo tiene que ver con dimensiones ocultas –epistemológicas y de relaciones de poder– que subyacen en los discursos que se articulan en clave técnica, económica o gerencial sobre el desarrollo, y también sobre la ayuda humanitaria en general. En cuanto traductor es tarea del antropólogo poner de relieve cómo las percepciones sobre las necesidades, las prioridades y las situaciones de crisis difieren, no pocas veces, desde la perspectiva de quién concibe el proyecto y del destinatario de la ayuda.

En tercer lugar la tarea del antropólogo ha de distinguirse por su carácter crítico. La formación recibida le debe ayudar a apreciar los valores de las culturas diferentes a la suya y, en consecuencia, el antropólogo puede y debe descubrir y combatir las concepciones, los acercamientos y los proyectos que revelan un carácter etnocéntrico.

Se trata de un punto crucial ya que, con razón, se ha mostrado cómo, a menudo, la relación de ‘ayuda’ consagra y perpetúa una relación de desigualdad. La crítica del antropólogo ha de poner de relieve cómo la supuesta ‘ayuda’ no corresponde, en todos los casos, a lo que la población en cuestión estima ser su necesidad real sino que responde, más bien, a intereses espurios: necesidad de encontrar salida a productos almacenados, intereses políticos, compensaciones que hipotecan el futuro de las sociedades necesitadas.

Dicha crítica ha de extenderse a los programas de ayuda que han creado o pueden crear una situación de dependencia estructural que amenace con desestabilizar o que desintegre, de hecho, el delicado entretejido que es la cultura de cada población. Puede resultar paradigmática, en este sentido, la canalización de excedentes de harina de trigo desde los EEUU hasta el centro de África en los años 70 lo que introduce el consumo habitual de pan en el mercado local, a mejor precio que el alimento básico tradicional, el manioc, y trastoca, de esta forma, los hábitos alimentarios básicos haciéndolos depender de un producto que ha de ser importado.

² Mark HOBART en *An Anthropological Critique of Development: The Growth of Ignorance*, presenta un análisis profundo y lúcido de este aspecto

3. ÁREAS DE PARTICIPACIÓN DE LOS ANTROPÓLOGOS EN LOS PROGRAMAS DE AYUDA HUMANITARIA

Una tarea previa a la delimitación de los ámbitos y momentos en los que puede resultar conveniente, e incluso necesaria, la intervención del antropólogo es la de articular las relaciones entre los conocimientos de los expertos, por una parte, y el conocimiento de las poblaciones locales, por la otra.

Desde una perspectiva evolucionista se concibe, a menudo, las intervenciones de ayuda, sobre todo en lo referente al desarrollo, como un apoyo a un proceso de modernización que incorpore, paulatinamente, a la sociedad en cuestión al estado de la parte dominante. Creencias, actitudes y concepciones tradicionales se consideran, a menudo y en primer lugar, como obstáculos y frenos al proceso de cambio que implica la modernización.

Se trata de un punto decisivo que provoca fricciones, desencuentros y rupturas en los contactos interculturales. Se ridiculiza, con frecuencia, y se tacha de reaccionaria la posición de sociedades y de antropólogos que se resisten a una modernización impuesta desde el exterior. Además se suele caricaturizar esta actitud crítica deformando la posición 'reaccionaria' y presentándola como un retorno hacia el pasado y como un intento de fosilización frente a las fuerzas del cambio.

Sin embargo, el punto de partida debe ser, más bien, la constatación de los numerosos fracasos de no pocos proyectos de ayuda. ¿Por qué determinados proyectos de ayuda que presentan como objetivo una mejora de las condiciones materiales mediante cambios y transformaciones tecnológicas son rechazados por los destinatarios? Desde la perspectiva de quienes proyectan suele argüirse que la no aceptación del proyecto se debe, en muchas ocasiones, a una falta de comunicación o a una comprensión deficiente entre las partes. En el fondo de esta posición late la convicción de que si se mejora la comunicación se habrá removido el obstáculo principal.

La contribución del antropólogo puede consistir en hacer ver cómo, en muchos casos, la cuestión decisiva no es la mejora de la comunicación. Se trata, más bien y previamente, de cuestionar la posición desde la que se concibe dicha comunicación. El técnico, el cooperante, el especialista, concibe la comunicación, en primer lugar, como una explicación de la racionalidad de la intervención a partir de la justificación instrumental del proyecto en cuestión. Se presume en esta posición que la racionalidad instrumental es compartida y aceptada desde los mismos presupuestos.

Esta actitud de los partidarios de la 'modernización' podríamos calificarla de ingenua porque ignora las razones que existen, a menudo, para que las gentes no quieran comunicarse. La lógica y el entramado cultural es demasiado complejo como para aceptar que se desgaje una de sus partes, o que se acentúe de tal manera un elemento, que se ponga en peligro el frágil equilibrio del conjunto.

Además puede existir la convicción de que la comunicación que se establece desde posiciones asimétricas –por una parte 'los que conocen', los especialistas y técnicos, y por la otra los 'ignorantes'– resulta inútil y peligrosa porque difícilmente puede evitarse la imposición cuando uno se encuentra

en inferioridad³. Si esta dificultad se refuerza con la memoria histórica de sociedades, suele tratarse por lo general de las necesitadas, que han sufrido los vaivenes y las imposiciones de las épocas de dominación colonial nos explicamos, fácilmente, la reticencia frente a la comunicación con el poderoso.

En definitiva, se trata de articular una comunicación que no se base en la transmisión unilateral de informaciones sino que tenga como objetivo la comprensión de los presupuestos y de la cosmovisión que subyace a los deseos, aspiraciones y objetivos.

Áreas de participación de los antropólogos

Dada la importancia decisiva que debe acordarse al conocimiento de las necesidades, tal y como son sentidas por la población local, parece necesaria la presencia de un antropólogo que participe en el diseño de los proyectos de ayuda.

Cuando se es consciente de que el éxito del proyecto pasa por la participación local resulta obvio conocer cuál es la percepción que tiene la gente de la situación de crisis o de emergencia. Resultan muy diferentes, por ejemplo, las percepciones que puedan tener dos sociedades frente a una misma situación de hambruna. Se puede tratar de una situación nueva en uno de los casos mientras que en el otro, como ocurre en el Sahel, la sociedad en cuestión posee un bagaje de respuestas adaptativas que han sido ya puestas en práctica en el pasado: emigración... Es evidente que un proyecto de ayuda en una situación de hambruna, como la del Sahel, debe conocer las respuestas de la sociedad concernida y potenciarlas en lugar de articular, tal y como ocurrió en 1984, una estrategia que condujo al fracaso de la operación de ayuda.

En consecuencia, resulta indispensable conseguir la participación local y disponer del conocimiento adecuado de la sociedad necesitada desde el inicio del proyecto de ayuda. El antropólogo, socializado en la cultura que se dispone a implementar un programa de ayuda y 'observador participante' en la cultura que reclama una ayuda, se encuentra en una situación apropiada para conectar los dos tipos de conocimiento.

No basta con la participación del antropólogo en el equipo que diseña el proyecto de ayuda. Aunque la concepción del proyecto responda a las exigencias expuestas, sin embargo la implementación de intervenciones planificadas en una sociedad pueden producir situaciones nuevas y reacciones inesperadas. En consecuencia resulta indispensable el seguimiento del proyecto en sus diferentes fases y el análisis de las consecuencias o efectos inesperados en el entramado social.

Ocurre, por ejemplo, que la intervención de programas de ayuda con la integración de personal local en ciertos puestos de responsabilidad tiene como consecuencia la desintegración total o parcial de las jerarquías tradicionales de poder, de autoridad o incluso de los roles de género. Por todo ello el antropólogo debe estar integrado también en el equipo de seguimiento de los proyectos.

³ Este aspecto de la asimetría en la comunicación constituyó el centro del debate sobre la posibilidad y conveniencia de aplicar los conocimientos antropológicos. Así en 1964, *Anthropology*, Eric Wolf sostenía que la antropología aplicada, por definición, representaba una reacción contra el relativismo cultural, ya que no considera la cultura desde la que se aplica la antropología –mundo occidental–.

Finalmente es preciso referirse a la participación del antropólogo en la fase final que contempla la evaluación de los proyectos. Es evidente que aunque también en esta fase la participación local es imprescindible resulta, sin embargo, difícil determinar quién representa de la forma más idónea a la sociedad que ha recibido la ayuda. Algunas veces son las agencias gubernamentales del país que recibe la ayuda las que evalúan los proyectos. Este tipo de modalidad de evaluación no asegura, sin embargo, que los criterios seguidos sean los de la población local y por lo general tiende a subrayar los elementos más exteriores y visibles del proyecto.

La tarea del antropólogo, en esta fase, debiera ser la de colaborar a evaluar si el proyecto ha respondido a las necesidades reales, a los objetivos y a la forma como dicha sociedad se representa su futuro. Desde una perspectiva más general, el antropólogo puede aportar su opinión autorizada sobre la idoneidad de un determinado programa de ayuda con vistas a la recomposición del entramado cultural que se había deteriorado por la situación de crisis o emergencia.

4. CONCEPTOS FUNDAMENTALES Y ESTRATEGIAS FRENTE A LAS CRISIS Y EMERGENCIAS⁴

Tanto la utilización del conocimiento etnográfico como la participación local y la conciencia progresiva de la complejidad de las culturas tienen como primera consecuencia la reconceptualización de las nociones básicas sobre las que reposa la ayuda humanitaria, sobre todo en situaciones de crisis: los conceptos de emergencia, de catástrofe e, incluso, de guerra.

Una segunda consecuencia es la reformulación de las estrategias de intervención en las crisis. El conocimiento de las soluciones tradicionales y de los diferentes modelos de estructuración social contribuyen a una nueva determinación de las necesidades así como de los recursos disponibles.

Reflexión antropológica sobre los conceptos básicos de la ayuda humanitaria

a) Emergencia

El punto de partida de todo programa de ayuda humanitaria es la determinación de los criterios que definen una situación determinada como 'catástrofe', 'situación de emergencia', 'situación de crisis'. Muchas y variadas son las circunstancias y situaciones que entran dentro de dichos términos: hambruna, guerra, huidas masivas, genocidios, inundaciones, tifones, situación de los refugiados...

No puede existir, sin embargo, un consenso objetivo y definitivo sobre las características que definen una situación como de 'emergencia' o 'catastrófica'. La enorme variedad de las situaciones en que se encuentran las sociedades y de las adaptaciones culturales tienen como consecuencia que lo que en

⁴ La reflexión sobre la aplicación de la antropología en situaciones de emergencia es el tema del módulo de antropología preparado por E.Voutira, B.Piquard y J.Benoist, para el diploma universitario europeo en ayuda internacional humanitaria, '*La antropología en la ayuda humanitaria*'. En esta sección comento algunas de las contribuciones que considero importantes en este contexto.

un entorno determinado se considera una situación de crisis pudiera no serlo en otro contexto y en diferentes circunstancias.

Esta constatación es importante ya que la falta de criterios universales deja un margen de interpretación por el que, a veces, se introducen las presiones políticas y los intereses que manipulan los medios de comunicación, con el resultado final de que las situaciones de necesidad o de emergencia de sociedades más marginadas quedan postergadas en beneficio de situaciones y necesidades menos urgentes. A este respecto resulta significativo el ranking de países a los que organismos internacionales, como la Banca Mundial, han distribuido fondos de ayuda al desarrollo.

Desde la perspectiva de la ayuda humanitaria podría afirmarse que se considera como *emergencia* toda aquella situación en la que se reconoce la existencia de un riesgo grande para la supervivencia del grupo. Se trata de un primer acercamiento general en el que no se especifican cuáles son las circunstancias que ponen en peligro la supervivencia.

La contribución de la antropología consiste en poner de relieve la complejidad de dichos conceptos así como las estrategias metodológicas que se siguen de dicha reconceptualización.

Así el análisis de los criterios que definen la 'emergencia' plantea, de nuevo, la necesidad de la incorporación del punto de vista de las poblaciones afectadas en la percepción y en la valoración de la situación de crisis que padece. De esta manera, y desde el punto de vista metodológico, lo más urgente puede ser que los programas de ayuda partan de la perspectiva local.

Desde esta perspectiva, el concepto de 'emergencia' no ha de elaborarse sólo desde la consideración de los riesgos que amenazan a la supervivencia física sino que ha de incluir el descoyuntamiento de la comunidad así como la creación de nuevas formas de adaptación a unas condiciones muy diferentes de las habituales.

En consecuencia, los criterios que definen la situación de 'emergencia' deben tener en cuenta el grado de 'vulnerabilidad' de las sociedades afectadas por la crisis. El análisis del potencial o de la incapacidad de una sociedad determinada de enfrentarse con una situación de crisis desplaza la atención de las necesidades a los recursos. Se trata de tomar en cuenta, como punto de partida, los recursos existentes en cada sociedad para enfrentarse a la situación de crisis. Este tipo de estrategia parece más adecuado con vistas a contribuir a una mayor equidad en la distribución de la ayuda así como a asegurar el protagonismo de la población afectada en la reconstrucción del tejido social.

b) Catástrofe

Se avanzan, habitualmente, dos tipos de causas que originan las catástrofes concebidas como situaciones de crisis social profunda. Por una parte se alude a una serie de fenómenos naturales que provocan situaciones de cambio súbito y en muchas ocasiones inesperado: inundaciones, terremotos, tifones, sequías... Por otra parte se hace referencia a las situaciones de cambios bruscos originados por los seres humanos como consecuencia de intervenciones violentas: guerras, luchas, agresiones...

Desde una perspectiva crítica no parece justificable esta explicación convencional de las 'catástrofes'. La distinción entre unos desastres 'naturales'

considerados como sucesos puntuales que tienen su origen en el entorno físico y unas catástrofes ‘humanas’ de las que los seres humanos serían responsables no corresponde a la realidad de los hechos. De hecho no es casual que la mayor parte de los desastres considerados ‘naturales’ ocurran en las sociedades del sur.

También en esta redefinición de las catástrofes debe intervenir el enfoque antropológico para establecer cómo la catástrofe no es, en primer lugar, un evento puntual sino un proceso largo que se nutre de la relación que se establece entre el entorno natural y las estrategias económicas. La adopción de esta perspectiva conduce, en primer lugar, a considerar la prioridad de la construcción de una infraestructura socioeconómica adecuada dentro de las estrategias diseñadas por los programas de ayuda para paliar los efectos de las catástrofes.

Por otra parte, la antropología ha a mostrar el error que consiste en considerar las catástrofes como sucesos extraordinarios siendo así que el sufrimiento constituye un elemento inherente a todo orden social. Una gran parte de las sociedades que padecen situaciones de emergencia viven, permanentemente en una situación de crisis y generan, en consecuencia, una serie de mecanismos adaptativos que deben ser conocidos y considerados por los programas de ayuda. Lo que se denomina catástrofe no es, por tanto, sino un paso más, no pocas veces previsible, de un largo proceso.

Las estrategias frente a las crisis desde una perspectiva antropológica

En toda sociedad sacudida por una situación de crisis se articulan unas estrategias para hacer frente a la nueva situación. Es obvio que los programas de ayuda humanitaria no alcanzarán la eficacia deseada si no conocen y respaldan las soluciones arbitradas por la sociedad afectada. También en este caso la antropología debe contribuir a complementar las soluciones tradicionales con la ayuda que proviene del exterior.

Es evidente que en no pocas casos, la urgencia de la situación de emergencia: inundaciones, terremotos, hambrunas, conflictos bélicos, requiere una intervención rápida y eficaz en la protección de las vidas humanas. Pero, incluso en este tipo de situaciones, la eficacia de los programas de ayuda puede depender del protagonismo de la población afectada.

En todo caso puede ser tarea del antropólogo la de analizar las diferentes soluciones y estrategias así como los recursos sociales existentes para enfrentarse a las crisis.

Más que la urgencia de la intervención es, con frecuencia, la falta de sensibilidad la que explica la ignorancia de las estrategias que, a veces durante siglos, han articulado sociedades que viven amenazadas por situaciones catastróficas.

Así, por ejemplo, el fracaso de la intervención humanitaria concebida para paliar los efectos de la hambruna que sacudió el Sudán en 1984/1985 se explica, precisamente, por la ignorancia o subestimación de los mecanismos adaptativos que a lo largo de los siglos habían articulado las poblaciones locales para paliar los efectos de las hambrunas periódicas que asolan la región. En este caso, como en otros, una de las soluciones más frecuentes a las situaciones de emergencia es la huida. Se trata, en muchos casos, del resultado de una deliberación social con vistas a asegurar su supervivencia. Una elección

en la que se estiman tanto la magnitud del peligro como el cálculo de los recursos disponibles para emprender la huida.

Cálculos sociales complejos en los que interviene la memoria histórica, el recuerdo de los desplazamientos en el pasado, la posibilidad de acogida en un entorno conocido, parientes y amigos, así como las condiciones sociopolíticas que, en algunos casos, pudieran convertir la huida en una solución más peligrosa que la permanencia.

No pocas veces, y desde la perspectiva occidental, se considera la huida como una solución extrema porque se considera como sería amenaza a la estructura social. Desde el presupuesto de que es el territorio físico quien procura el enraizamiento, ¿de dónde eres?, resultan, en efecto, difícil de entender otros tipos de identificación propios de las sociedades nómadas, ¿a quién perteneces?

Por todo ello, a menudo, las intervenciones humanitarias concebidas desde sociedades *sedentarias* no son las más adecuadas para poblaciones con una tradición *nomádica* en la que el desplazamiento constituye un comportamiento adaptativo habitual.

En efecto, el desplazamiento de las poblaciones comporta una reestructuración de las identidades en el exilio. Cuando se imponen los desplazamientos masivos a entornos nuevos, a campos de refugiados o a países extranjeros, y la población tiene que sobrevivir en una situación en la que no resultan eficaces sus mecanismos adaptativos tradicionales, aumenta el peligro de una desintegración del entramado social.

Cualquier tipo de intervención humanitaria ha de partir del conocimiento de la variedad de las soluciones adoptadas por las sociedades en el exilio. En el caso de la población tibetana encontramos, por ejemplo, una adaptación a los nuevos entornos, India y Nepal, sin asimilación y con la opción de mantener su identidad cultural en el exilio y crear una nación. Por el contrario, la comunidad de refugiados hutus en Tanzania desarrolla la estrategia de inventar su propia tradición para afirmar su identidad frente a la población anfitriona y también frente a los miembros de la comunidad hutu que han elegido integrarse en Tanzania, fuera del campo de refugiados.

Es evidente que el desconocimiento de los diferentes modelos de pertenencia elaborados por las poblaciones puede ser causa de que los programas diseñados para ayudar a las poblaciones de refugiados o en el exilio no sean eficaces. De aquí que los análisis que ponen de relieve la identidad de los grupos de refugiados o exiliados resulten indispensables para conocer tanto la situación real como la forma como se representan su futuro.

CONCLUSIÓN

Ha quedado establecido que el enfoque de la antropología resulta indispensable si se pretende establecer una relación eficaz y adecuada entre culturas diferentes. En otras palabras, resulta indispensable enfocar la ayuda desde una perspectiva que incorpore como protagonista a la población afectada por la crisis. Tan sólo desde el conocimiento y respeto del mundo sociocultural de los grupos afectados será posible articular relaciones adecuadas de ayuda.

El establecimiento de una relación adecuada conlleva, en primer lugar, el descubrimiento de las prioridades y de los recursos presentes de las sociedades que sufren la crisis. Tan sólo desde el conocimiento de las prácticas cotidianas de dichas sociedades se puede descubrir el entramado cultural en el que ha de articularse la intervención de ayuda.

En consecuencia, la metodología del antropólogo basada en un acercamiento participativo en la vida cotidiana de las poblaciones justifica su rol de intérprete de una situación crítica tal y como la experimenta la sociedad afectada. De aquí que se sostenga la presencia del enfoque antropológico no sólo en la gestión de los proyectos de ayuda sino también en su implementación y evaluación.

Por otra parte la contribución de la antropología en el ámbito de la ayuda humanitaria ha de ser crítica en el sentido de replantear la ayuda y considerarla ya no como una intervención que tiene como objetivo prioritario el socorro sino que busca, en último término, la reconstrucción de las comunidades.

Desde esta perspectiva las organizaciones de ayuda humanitaria han de conocer cuáles sean los objetivos de las comunidades a las que se ayuda. Análisis realizados en situaciones de emergencia han revelado, por ejemplo, que las sociedades afectadas por crisis no pierden, necesariamente, su capacidad de plantearse objetivos a largo plazo. De Waal⁵ pone de relieve cómo, en el caso de la hambruna del Sudán, la población estaba dispuesta a sacrificar la ayuda a corto plazo si ello representaba la posibilidad de reconstruir, a largo plazo, la forma de vida deseada.

Finalmente quiero aludir a la problemática que plantea la aplicación de la antropología en áreas en las que, a menudo, se esconden intereses de tipo político, económico o social. Es evidente que la participación interesada o ingenua de antropólogos en proyectos que respondían a intereses contrarios a las poblaciones afectadas ha contribuido al cuestionamiento de la antropología aplicada.

El ámbito de la ayuda humanitaria no está libre de motivaciones que no contemplan a la población afectada como única justificante de la intervención humanitaria. Pero quizás es más grave y urgente remediar los fracasos que se producen por un conocimiento insuficiente de las poblaciones afectadas por las crisis. En algunos casos puede detectarse un paternalismo trasnochado o un intento por perpetuar las relaciones de dependencia pero, en no pocos casos, se trata, más bien, de un etnocentrismo que afecta a las relaciones con las poblaciones afectadas.

La antropología puede contribuir, desde una visión más relativista de las culturas, a la corrección de relaciones interculturales concebidas desde una posición de superioridad. Pero, dando por establecido que la valoración y comprensión de cada cultura es una condición indispensable para el éxito de la intervención humanitaria, puede ocurrir también que la insistencia exagerada en el respeto a las diferencias se convierta en excusa de una ideología que propugne el guetto, la exclusión y, en definitiva, la no intervención.

⁵ DE WAAL A., *Famine that Kills: Darfur, Sudan 1984-1985*.

No se trata de que la antropología desde una concepción de las culturas como 'textos' definitivos trate, ante todo, de contribuir a que se 'defiendan' del cambio y de la adaptación a otro tipo de contextos. Lo que propugna el enfoque antropológico, en las intervenciones humanitarias, es una comunicación intercultural que jerarquice las necesidades, y las estrategias a establecer frente a las crisis no desde la perspectiva del poder, de quien puede ayudar, sino desde el punto de vista del protagonista, es decir, de la población afectada.

BIBLIOGRAFÍA

- ASAD T.(ed), *Anthropology and the Colonial Encounter*, Ithaca, London, 1973.
CHAMBERS R., *Rural Development: Putting the last First*, Longman, Harlow, 1983
DE WAAL A., *Famine that Kills, Darfur, Sudan 1984-1985*. Oxford Univ.Press, Oxford, 1989
FIRTH R. , *Engagement and detachment: reflections on applying social anthropology to social affairs* en 'Human Organization' 1981(40) 3 193-201.
GARDNER Katy and D.LEWIS, *Anthropology, Development and the Post-Modern Challenge*, Pluto Press, London, 1996
HOBART Mark (de), *An Anthropological Critique of Development: The Growth of Ignorance*. Routledge, London, 1993
WOLF Eric, *Anthropology*, Prentice Hall, London, 1964